

## CAPITULO XXIX.

Almanzor.—Sus hechos notables.—Ramiro III y Bermudo II el Gotoso, en Leon.—El Conde García Fernandez, de Castilla.—Toma de Barcelona por los infieles.—Recóbrala el Conde Borrell II.

TRES niños, Ramiro, Sancho Garcés, el Mayor, é Hixem II, ocupaban los tres primeros tronos de la Península en época en que á la paz sostenida por Alhakem II habia de suceder una agitacion y una lucha perenne en la cual desgraciadamente habian de ser los estados cristianos á quienes alcanzase la peor y mas terrible y desdichada parte.

La tutela del niño Ramiro, con la regencia del reino, disfrutabanla dos damas, su madre Teresa y su tia Elvira, ambas dotadas de tal tino y prudencia que, no solamente estaban perfectamente atendidas todas las necesidades del reino, si que los mismos magnates de suyo inquietos, revoltosos y descontentadizos celebraron una asamblea, en union de los prelados, en Leon, el año 974, en la cual se acordó dar gracias á Dios por la buena suerte que les habia cabido con la acertada administracion de tan entendidas regentes.

Mas ¡ay! de bien poco sirvieron sus laudables esfuerzos, de bien poco su tacto y discrecion, pues apenas el jóven Ramiro tomó las riendas del gobierno, cometió tales excesos, abandonóse á tales caprichos y desarreglos, ofendió con su conducta en tan alto grado á los nobles de su corte, que en Galicia alzaron por rey á Bermudo, hijo de Ordoño III, y gracias á que la muerte sorprendió á Ramiro á los dos años, no tuvo el reino de Leon que deplorar los males de una desastrosa guerra civil.

Tan prematura muerte dejó franco el trono á Bermudo cuyo reinado habia de ser harto desdichado, si no por las malas cualidades del monarca, por la guerra sin tregua que hubo de sostener con los musulmanes.

El regente agareno, el que gobernaba el imperio cordobés en nombre de Hixem IV, el terrible Almanzor, ocupa un lugar sobradamente importante en nuestra historia para que nos detengamos en algunos detalles de su existencia.

Mohammed-ben-Abdallah-ben-Abi-Ahmer el Moaferi, que así se llamaba Almanzor, pues este nombre que en árabe es *El Mansur* ó sea el Victorioso, se le dió despues de ver lo propicia que le era la suerte en las campañas que emprendia, era uno de los wazires de palacio, y la sultana viuda tratábale con particular estimacion, nombrándole primer ministro de su hijo, confiándole la tutela de Hixem y abandonando en sus manos la regencia del imperio.

Dotado de una gran ambicion, de una prudencia excesiva, de un valor á toda prueba y de una inteligencia muy superior, habiase sabido granjear el afecto de los wazires, el respeto de los jefes de las distintas guardias, el cariño de los soldados y la estimacion del pueblo.

Su primer cuidado fue ir deshaciéndose poco á poco y con una destreza extraordinaria de cuantos pudieran hacerle sombra, separando del lado de su real pupilo los maestros y los sábios á quienes Alhakem confiara su educacion, sustituyéndoles por jóvenes y esclavos que con sus juegos le entretenian en la encantadora residencia de Zahara, manteniéndole completamente alejado de los negocios, en términos que á no ser, como dice un historiador, «por las monedas y las oraciones, no se hubiera sabido que existia un «Califa llamado Hixem.»

El verdadero Califa, Almanzor, suponiendo un estado de imbecilidad intelectual en su pupilo, le ocultaba cuidadosamente á todas las miradas, no dejaba que nadie le viese ni le hablase, y obraba como solo absoluto dueño.

Espléndido, liberal, amante y protector de las ciencias, en el espacio que le dejaban libre los negocios del Estado, recibia en su palacio de Córdoba á los sábios y á los poetas, á quienes trataba con gran consideracion, y cuyas obras premiaba con extremada liberalidad.

Su odio hácia los cristianos era tal, que hizo juramento de exterminarles, arrebatándoles cuantos dominios poseian en España, y consecuente con este propósito ajustó paces con los africanos, cuyo emir le prometió enviarle anualmente un número bastante crecido de soldados, y desde este momento preparó su plan de campaña, el cual consistia en no dejar en sosiego á sus contrarios haciendo cada año dos entradas por las tierras que poseian, aprovechando las estaciones de primavera y otoño como las mas ventajosas para sus soldados y para las empresas que meditaba.

Profundamente político, á la vez que deseaba exterminar á los cristianos, tratábales con tanta cortesía, obligábales de tal modo que muchos soldados militaban en sus huestes, y varios condes viéronse pelear bajo sus banderas.

Sus primeras campañas dirigieronse hácia la España oriental, y revolviendo de pronto sobre las fronteras de Galicia, que así llamaban los árabes á Castilla, regresó á Córdoba cargado de botin, y llevando ante sí una considerable cantidad de rebaños y gran número de prisioneros.

Repetidas estas campañas conforme al plan que hemos indicado, no regresaba de ninguna de sus correrias sin haber obtenido un beneficioso resultado para lo cual sirvióle poderosamente lo prevenido que encontró á los monarcas de Leon y Castilla, aun cuando ya hubo un momento en que, segun los mismos historia-

dores árabes, los cristianos se rehucieron y en el año 370 de la era correspondiente al 980 y 981 de nuestra era (1) ya se presentaban en el campo á disputarles el terreno sin quedarse guarecidos tras los muros de las ciudades como á consecuencia de las derrotas anteriores tuvieron que permanecer.

Al año siguiente entraron por Castilla, apoderáronse de Zamora y de otras poblaciones, y fue tal el botin que recogieron, que no encontraban carros ni acémilas que fueran suficientes para su transporte hasta la capital.

En este mismo año, en la segunda expedicion, ó sea en la de otoño, estuvo á punto Almanzor de ver su hueste derrotada en las márgenes del Esla merced al arrojo de los cristianos que aprovechándose de la confianza con que reposaban los musulmanes, hicieronles considerable destrozo, pero repuestos y enardecidos por las frases y el ejemplo de su caudillo, cargaron á su vez con tal furia sobre el enemigo, que le obligaron á retirarse precipitadamente á Leon tras cuyas fuertes murallas se pusieron en seguridad despues de sufrir grandes pérdidas.

Almanzor juró entonces apoderarse de la corte de Bermudo, y efectivamente, al año inmediato, hechos los aprestos necesarios para poder batir los robustos muros, seguido de algunos condes cristianos, que por satisfacer rencores personales, tal vez, ó por debilidad, iban á combatir contra sus mismos hermanos, dirigióse sobre Leon, evacuada ya por el Monarca, que con las alhajas de los templos, las reliquias de los santos y los restos de sus predecesores, fue á refugiarse á Oviedo, y despues de una heroica defensa llevada á cabo por el conde de Galicia, Guillermo Gonzalez, se apoderó de ella, pasando á cuchillo á sus moradores y saqueándola y destruyéndola.

Astorga sufrió igual suerte tras idéntica defensa, y en la primavera de 983, dejando comarcas de Leon y Castilla, el infatigable guerrero dirigió sus huestes hácia Barcelona.

El conde Borrell II, apenas tuvo noticia de la aproximacion de los infieles, aprestó sus mejores tropas y salió á oponerse á su marcha.

Mas ¿quién detiene el poderoso impulso del Simoun del desierto? Los soldados de Borrell retrocedieron ante los siempre victoriosos agarenos, y bien pronto Barcelona vió ante sus muros al atrevido Almanzor.

Escapóse el Conde á favor de las tinieblas, embarcándose en ligera embarcacion que logró burlar la vigilancia de la flota musulmana, y la ciudad rindióse á los dos días, viéndose el favorito de la sultana Sobheya dueño de la capital del reino de Afranc segun decian los árabes.

No reposó mucho tiempo Almanzor en Barcelona, regresó á Córdoba con nuevos laureles, para prepararse, tanto á celebrar las bodas de su hijo Abdelmelik, que le acompañaba en casi todas sus campañas, y de quien hizo tambien un guerrero famoso, cuanto para disponerse á nuevas expediciones.

Efectivamente, al año inmediato cayó de nuevo sobre Castilla, se apoderó de algunas plazas y no prosiguió esta campaña, porque las noticias que de Cataluña recibió, le obligaron á dirigirse inmediatamente hácia aquel punto.

Pero cuando llegó ya era tarde. Borrell descendió de las pirenáicas montañas con gran golpe de gente, y se apoderó de Barcelona sin que todos los esfuerzos que hicieron los soldados de Almanzor, pudiesen impedirlo.

Mas propicia fuéle la fortuna en los siguientes años. Penetró por Galicia y apoderándose de Coimbra regresó á Córdoba cargado de botin. En otra campaña, en 989 destruyó las plazas fronterizas de Osma y Atienza que ya habian sufrido varias veces por las repetidas correrias del musulman, regresando á la metrópoli como siempre cargado de laureles.

Por este tiempo el rey Bermudo de Leon vióse combatido por varios condes de Galicia, que sin tener en cuenta lo crítico de la situacion porque atravesaban los estados cristianos, movian guerra al soberano obligándole á debilitar sus fuerzas, lo que hubiese facilitado en gran manera el proyecto de Almanzor, á no estar tambien preocupado por un incidente, del cual nos ocuparemos en el inmediato capitulo.

Tambien el conde de Castilla, García Fernandez, hallábase á la sazón aquejado de un dolor semejante al que Almanzor sufría, y de una guerra civil semejante á la en que se veia envuelto el Monarca leonés.

Su hijo Sancho, impaciente por regir el condado, no queria esperar á que la muerte de su padre le franquease la posesion de la soberania, y allegando parciales, y adquiriendo partidarios, ponía en grave apuro al conde que, no solamente debia estar atento á los movimientos de los infieles que apenas le daban sosiego, si que tambien vigilar y estar constantemente prevenido contra los enemigos que tenia en sus mismos estados y que á cada paso estaban promoviendo dificultades.

(1) El año árabe á que aludimos, comprendió desde el 16 de julio de 980 al 5 de julio de 981.



Serra lit.

Casals imp.

ALMANZOR ANTE EL SEPULCRO DEL APÓSTOL SANTIAGO.

### CAPITULO XXX.

Conspira contra Almanzor su propio hijo Abdallah.—Su castigo.—Apodéranse los árabes de la ciudad de Santiago.—Destrucción de su templo.—Muerte del Conde de Castilla, García Fernandez.—Batalla de Calatañazor.—Almanzor sucumbe á consecuencia de las heridas recibidas en ella.

Hemos dicho en el capítulo anterior, que Almanzor no pudo aprovecharse de las disensiones que tanto en Castilla como en Leon debilitaban el poder de sus respectivos soberanos, por hallarse preocupado por la conspiración tramada contra él, y debemos hacernos cargo de ella siquiera, porque como dice muy bien el erudito Lafuente, ninguno de nuestros historiadores ha hecho mención.

Indicamos oportunamente que la tendencia constante de Almanzor había sido siempre la de ir desembarazándose poco á poco y con gran destreza de cuantos wales pudieran haberle hecho sombra, y ya quedaba solamente el de Zaragoza, llamado Abderrahman-ben-Motairif, el cual adivinando que no había de tardar mucho en seguir la misma suerte de sus compañeros, procuró antes que sucumbir, luchar con las mayores ventajas posibles.

Precisamente hallábase á la sazón en Zaragoza Abdallah, el hijo menor de Almanzor, el cual estaba resentido de su padre por la marcada preferencia que daba á sus hermanos.

Abderrahman aprovechó diestramente de este resentimiento, atrajo á su proyecto á Abdallah, y convinieron en que el primero se proclamara soberano de todo Aragón, y el segundo de Córdoba y demás provincias musulmanas de España.

Reunieron gran número de prosélitos, mas como proyectos de esta índole no siempre suelen llevarse con todo el recato necesario, Almanzor llegó á saberlo, y haciendo que fuese á reunirse Abdallah, procuró compensar con su alhago y su dulzura de entonces, el desabrimiento y la aspereza anterior.

Al mismo tiempo hábil y sagaz, atrájose á su partido las tropas que estaban en favor del walf de Zaragoza, y merced á esto consiguió que ellas mismas en una expedición que hizo con Abderrahman le acusaran de haberse apropiado los sueldos de sus soldados. Por este delito le mandó prender, formósele causa y le hizo decapitar, deshaciendo aquella conspiración.

Abdallah en cuanto vió una ocasión propicia se pasó á los estados castellanos, ofreciendo al conde García Fernandez ponerse á su lado, contra su propio padre.

Apenas este supo dónde estaba su hijo, reclamóle al Conde, mas este se negó á ello, y así se pasó un año. Irritado Almanzor llevó sus huestes, según hemos dicho en el anterior capítulo, á las ciudades fronterizas de Osma y Atienza, y al ver el castellano tanto que estas plazas quedaban destruidas, cuanto que su hijo Sancho le suscitaba dificultades en el interior, creyó conveniente alhagar al musulmán y no mantenerle en aquel estado de enojo, que tan perjudicial pudiera serle, y convino en devolverle su hijo.

Abdallah salió de Castilla escoltado por algunos soldados, y Almanzor envió á recibirle á su esclavo llamado Lad, el cual con los árabes que le seguían, se encargó del prisionero.

En los primeros momentos hizo concebir esperanzas de que su padre le perdonaría, pero al llegar á las orillas del Duero, en virtud de las órdenes recibidas, diéronle muerte (1).

En el año 992 falleció el conde Borrell II, heredando el condado su hijo Raimundo ó Ramon Borrell III, y el de Urgel, su otro hijo Armengaud ó Armengol.

El conde García Fernandez, cuyos estados habían sufrido extraordinariamente, según tenemos manifestado, comprendió que no era prudente permanecer aislado para resistir el choque de las fuerzas islamitas, y aliándose con Sancho de Navarra esperó á los enemigos entre Alcoer y Langa.

Atacáronse con extraordinario furor ambas huestes, y durante todo el día permaneció indecisa la victoria, sorprendiendo la noche á los combatientes sin que ninguno quedase triunfante.

Según los historiadores árabes, la noche que siguió á la batalla, un poeta de los que siempre acompañaban á los ejércitos musulmanes pronosticó á Almanzor entregándole un ciervo amansado al cual había puesto el nombre de García, que al día inmediato el conde de Castilla, García Fernandez sería conducido al campo musulmán, atado como el ciervo, y que la victoria coronaría otra vez sus esfuerzos.

Desgraciadamente la predicción de Alhassan Abulola, que así se llamaba el poeta, tuvo cumplido efecto. Apenas los primeros resplandores del alba iluminaban la tierra, chocaron con fragoroso estruendo las armas de ambos ejércitos, y los árabes comenzaron á cejar hasta atraer á los cristianos á una emboscada que preparada tenían y en la cual de nada les sirvió su valor.

Rotas y desechas sus huestes, el mismo conde García Fernandez acribillado de heridas cayó en poder de Almanzor, que aun cuando encomendó inmediatamente su curación á los mejores médicos islamitas, ordenando que se le asistiese con la mayor delicadeza, no fue posible salvarle la vida. Cinco días después, ó sea el 30 de mayo de 993 falleció el valeroso Conde, siendo su cadáver transportado á Córdoba, desde cuyo punto fue después condu-

(1) Este hecho que Lafuente refiere, lo trae Dozy en su obra *Investigaciones sobre la historia de la Edad media*, tom. 1, pág. 19, el cual lo ha encontrado á su vez, en el *Al-Bayano el mogrib* de Ibn Abdasi.

cido á la frontera para entregarlo á los castellanos que suplicaron se les devolviese.

En este mismo año hizo otra incursión por los dominios del monarca leonés, poniéndole en tal aprieto que hubo de enviarle embajadores para tratar de ajustar paces, lo que no pudo conseguir sin duda, cuanto que el año 997 vemos de nuevo á Almanzor después de haber hecho una correría por tierras de Alava, lanzarse sobre la Jerusalem española, según llama un escritor contemporáneo á la ciudad de Santiago de Galicia.

Refieren los historiadores, que un conde de Galicia, llamado Rodrigo Velazquez, padre del turbulento obispo Pelayo, depuesto de la silla compostelana por el rey Bermudo, resentido de semejante acción franqueó el paso á los infieles; pero sea de esto lo que quiera, lo cierto es que en Arganiin se incorporaron al ejército de Almanzor los condes gallegos y juntos llegaron hasta Santiago, que ya había sido abandonado por sus habitantes.

Desierta halló la ciudad musulmana, y ya que no pudo saciar su cólera en la sangre cristiana vengóse destruyendo las murallas, derribando la soberbia basílica, arrebatando sus riquezas y arrasando la población.

Unicamente pudo librarse de la musulímica profanación el sepulcro del santo Apóstol.

Sentado sobre él, como guardándole, había un anciano religioso, y Almanzor á su vista poseído de un respeto y de una admiración extraordinaria, inclinó el poderoso alfanje ante el imperturbable y sereno ministro del Señor y abandonó el templo.

Según los historiadores árabes y el arzobispo D. Rodrigo, Almanzor hizo trasladar á Córdoba en hombros de los cautivos cristianos, las campanas pequeñas de la Catedral para que sirviesen de lámparas en la gran mezquita (1).

Apenas los musulmanes hubieron abandonado la destruida ciudad, dedicóse Bermudo á restaurar el profanado templo aprovechándose de la quietud en que por espacio de algún tiempo hubo de dejarle el infiel, hasta que agravados sus padecimientos sucumbió bajo el peso de la terrible enfermedad de gota que le aquejaba en 999, sucediéndole su hijo Alfonso V, niño de cinco años, el cual quedó bajo la tutela del conde de Galicia Menendo Gonzalez y de su esposa D.<sup>a</sup> Mayor, así como también de su tío Sancho Garcés, conde de Castilla é hijo del desgraciado García Fernandez.

Nuevas campañas en Africa distrajerón por algún tiempo la atención de Almanzor, hasta que vencedor el caudillo musulmán pudo dedicarse á realizar su ambicionado ensueño.

Este era el de apoderarse de Castilla, agregándola al imperio musulmán, y reuniendo poderosa hueste, haciendo los aprestos necesarios para una última y definitiva campaña, los wales de todas las provincias musulmanas hicieron un movimiento tan general, que los soberanos españoles no pudieron menos de comprender el terrible peligro que les amenazaba. Ante él concertáronse apresuradamente los monarcas cristianos; Sancho Garcés invita á sus parientes el rey de Navarra y el de Leon á formar una alianza, olvidándose pasadas disensiones, y los tres ejércitos se reúnen en las inmediaciones de Soria, no lejos de las ruinas de la antigua Numancia.

Los soberanos de Navarra y Castilla estaban al frente de sus respectivas huestes; el conde Menendo en representación del niño Alfonso, mandaba los soldados leoneses.

Los musulmanes divididos en dos cuerpos encuentran á sus contrarios en Calatañazor (*Kalat-al-Nosor*, ó sea altura del Aguila), y desde luego sorprendióles la muchedumbre de los cristianos y la decisión que parecía advertirse en ellos.

Alumbrados por los tímidos resplandores del alba arrojáronse una sobre otra las enfurecidas huestes, y la matanza estuvo en proporción de la potente rabia de los combatientes.

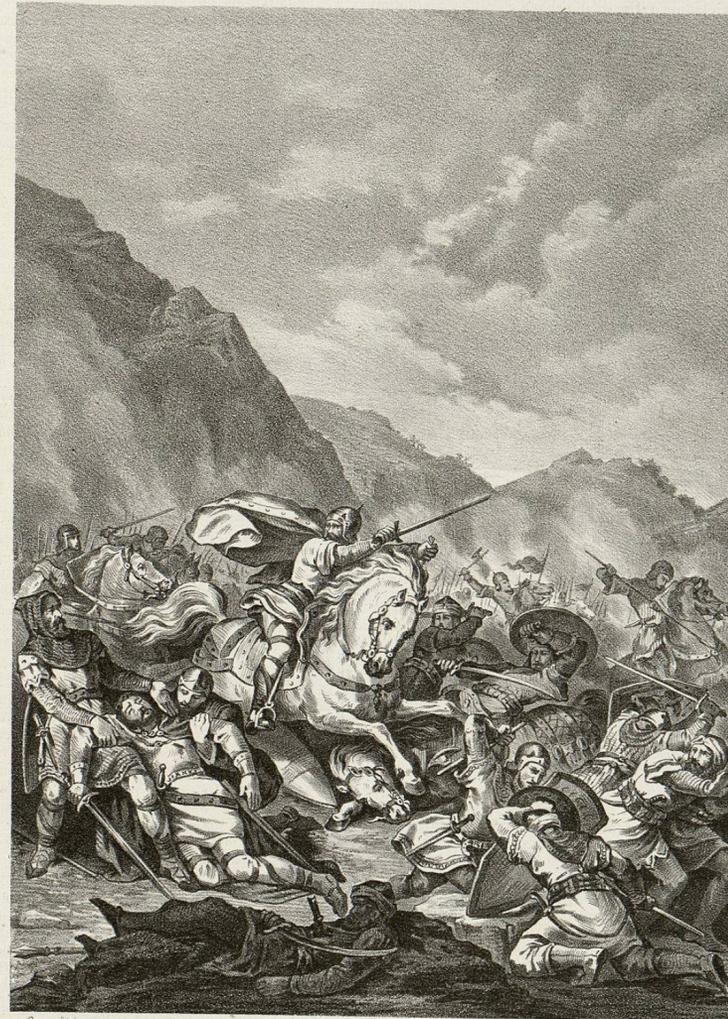
Las sombras de la noche llegaron antes que la victoria pudiera decidirse definitivamente; mas Almanzor, que había recibido multitud de heridas en la pelea, al llamar junto á sí á sus valientes caudillos, y al saber que ó estaban muertos en el campo ó gravemente heridos, comprendió que la victoria estaba perdida, y aquel hombre que en veinte y seis años había vencido en cincuenta y dos combates, despechado y lleno de amargura dió orden para levantar el campo antes de amanecer, y dirigióse á Córdoba precipitadamente.

Así se hizo, pero la estrella de Almanzor estaba próxima á eclipsarse.

La cólera que sentía, lo gráve de sus heridas, las molestias del camino pusieronle en tal estado, que fue necesario conducirlo en hombros durante catorce leguas hasta llegar cerca de Medinaceli, donde espiró á los tres días por andar de la luna de Ramazan, año 392 de la egira (9 de agosto de 1002) á la edad de sesenta y tres años.

Sepultáronle en Medinaceli cubriendo su cuerpo con el polvo que recogía después de cada combate, al sacudir sus vestidos, en una caja que llevaba constantemente consigo.

(1) Roder. Tolet. de Reb. Hisp. lib. V, cap. XVI.



Serra LII\*

Lit. Andaluces 2.<sup>a</sup> Nacional 6

BATALLA DE AKBATALBARCAR.

Riera Editor, Barcelona Robador 24 y 26.